

límite y el poder de la razón y parece conducir a una disolución en la fe de la capacidad natural humana de conocer. Si esto es así, ¿no estaríamos ante una sobrenaturalización de lo natural que comportaría, como consecuencia, la pérdida de la gratuidad de la gracia? Ciertamente, algunas afirmaciones de J. Milbank dan a entender que lo sagrado ya no es lo que está más allá, lo que está separado, sino lo que está más acá y en perpetuo contacto con las realidades humanas. Parecería, entonces, que el intento de recurrir a Dios –que en cuanto ser infinito penetra todos los seres– para asegurar la trascendencia del conocimiento humano, termina, por el contrario, encerrando a Dios en el puro ámbito del sujeto que, aunque se diga trascendente, no sale fuera de sí, sino que se ve abocado a la más rigurosa inmanencia y al desvanecimiento de toda realidad divina.

Miguel BRUGAROLAS

Joaquín FERRER ARELLANO, *Evolución y creación. Ciencias de los orígenes, hipótesis evolucionistas y metafísica de la creación*, Pamplona: Eunsá, 2011, 463 pp., 14,5 x 21, ISBN 978-84-313-2746-0.

El autor, doctor en Teología y en Derecho, miembro de la Real Academia de Doctores y de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino, ya ha abordado en otras ocasiones el tema de los orígenes (*vid. El misterio de los orígenes*, Eunsá, Pamplona 2001). En el presente libro expone sintéticamente el estado de la cuestión sobre la hipótesis científica de la evolución, deteniéndose en los aspectos polémicos actuales del neodarwinismo y en las objeciones que proceden del mismo campo de la ciencia.

Esta exposición descriptiva se enmarca en un proyecto de más largo alcance. Ferrer declara explícitamente la intención de su libro: mostrar que las ciencias que tratan el tema de los orígenes (origen del mundo, de la vida, del hombre) no tienen nada que demostrar sobre la existencia de Dios (no hay pruebas físicas ni matemáticas de Dios (pp. 26 y 40); esta demostración es tarea exclusiva del orden metafísico. Sin embargo, las ciencias pueden y deben –y aquí son importantes las palabras y sus matices– *conducir, enriquecer y confirmar* la verdad sobre la existencia de Dios y una antropología personalista derivada de la Creación (p. 40).

Aunque recoge abundante información científica (el libro está bien documentado bibliográficamente en los distintos campos científicos), la publicación es, sin duda, esencialmente el trabajo de un filósofo y teólogo. Precisamente esta perspectiva (que dota de profundidad y seriedad a la reflexión sobre estos temas científicos tan controvertidos) es la que da especial interés a la monografía: ¿cómo ve un filósofo y teólogo (con una postura intelectualmente abierta, alejada de prejuicios culturales) el tema de la evolución a partir del dato científico?

El libro se estructura en tres partes. La primera aborda una exposición –necesariamente sintética– de las diferentes teorías evolucionistas tal como se han desarrollado históricamente hasta nuestros días. El autor (él mismo se confiesa cada vez más escéptico respecto a la validez científica de la «gran teoría de la evolución») no ve dudas en la microevolución intraespecífica expuesta, por ejemplo, por Daniel Raffard de Brienne (pp. 73, 113-114 y 161-165). El texto se vuelve especialmente interesante cuando aborda en el capítulo III las objeciones al evolucionismo darwiniano (pp. 147-201). El autor recorre las aportaciones recientes de la Paleontología, la Biología molecular y la Geología para poner seriamente en duda, con un estilo en ocasiones un tanto polémico, la validez del evolucionismo como teoría científica. La principal fuente de objeciones al evolucionismo ha surgido en ambientes evangélicos de EE.UU., con una fuerte tendencia a posturas fundamentalistas derivadas de una interpretación literalista de la Biblia. El origen de este ultracreacionismo científico americano (Morris) hay que buscarlo, sin duda, en una reacción extrema a las posturas, a su vez también extremas, de un evolucionismo radical que ha visto en algunas afirmaciones pseudo-científicas extrapoladas la aparente «demostración» de la falsedad del cristianismo (p. 150). La teoría del *Intelligent Design* (con la que Ferrer es bastante crítico por carecer –a su juicio– de una correcta y profunda interpretación de la causalidad divina) ha sustituido en parte, con posturas más moderadas y más científicas, al creacionismo científico original.

En la segunda parte (pp. 213-348), la monografía se abre a un paisaje netamente distinto (quizá con un salto excesivamente brusco y con una cierta pérdida de la continuidad argumentativa). Después de las aportaciones (y las controversias) en el campo de las ciencias empíricas, el autor (se ve que ahora está en su terreno) se adentra en la argumentación metafísica sobre la existencia de Dios con el objetivo de hacer ver cómo el camino metafísico es el genuino acceso cognoscitivo del hombre a Dios. La exposición tiene como hilo

conductor la metafísica tomista. Estas páginas gozan de una buena y amplia bibliografía de referencia. Con un lenguaje técnico especializado (denso, sintético) desfilan temas de alto calado metafísico: vida, libertad, persona, ser y participación, vías tomistas, causalidad, etc. Su objetivo es presentar una exposición metódica –en sus líneas fundamentales– de una metafísica de la creación que tenga en cuenta las aportaciones más fiables de las ciencias de los orígenes y los datos originarios de la metafísica espontánea del entendimiento (p. 206). Esta metafísica necesariamente remite al Absoluto.

La tercera parte, que tiene un cierto carácter de recapitulación, tiene un objetivo, a saber, convencer al lector de que «ambas aproximaciones [científica y metafísica], pese a la diversidad de sus métodos, son convergentes y complementarias... no hay dilema excluyente, sino circularidad virtuosa» (p. 352). La epigénesis (auténtica *novitas essendi*) que supone la creación, tiene en definitiva tres grandes respuestas: animismo cósmico, atomismo materialista o creación divina. La razonable es la tercera. En el capítulo II de esta tercera parte el autor afronta el estudio del mensaje bíblico sobre la creación. Sin duda en el fondo de todo el gran debate creación-evolución está implícita o explícitamente implicado el relato del Génesis. No puede ser de otra manera: la verdad cristiana de la creación resulta esencial en la arquitectura del pensamiento cristiano. El capítulo III tiene, a nuestro juicio, un particular interés. Trata de exponer (de modo sistemático y ordenado) las distintas hipótesis teológicas sobre el origen del hombre en un intento (abierto) de hacer confluir los datos revelados, la metafísica de la creación y los datos empíricos de las diversas ciencias. Nos ha resultado interesantísimo, en la parte final, el *Excursus* sobre la gnosis anticreacionista (pp. 457-463) en el que, al hilo de algunas ideas de O. Nardi (*Gnosi e Rivelazione*, Milan: Pavonione, 1991), el profesor Ferrer sugiere la influencia actual de elementos gnósticos –presentes desde los mismos orígenes del cristianismo– en la cosmovisión evolucionista moderna.

¿Cuál es la clave hermenéutica que recorre las páginas de este trabajo? A nuestro juicio, el punto nuclear es la comprensión correcta de la causalidad. La causalidad de Dios (causa trascendental del ser) no entra (ni puede entrar) en conflicto con la causalidad propia de las cosas materiales (que por otro lado siguen su propia naturaleza dada por Dios). Son dos órdenes distintos y compatibles. En definitiva, esto genera dos aproximaciones (aunque no dos verdades) al misterio de los orígenes: la científica y la metafísica. Aún así, se puede afirmar que, en los datos científicos, todo *apunta* a reforzar los argumentos metafísicos de la existencia de Dios. «Dios no compite con la naturaleza. Los plan-

teamientos que contraponen a Dios y a la naturaleza se basan en un equívoco metafísico: no se advierte que la existencia y la actividad de las causas segundas, en vez de hacer innecesaria la existencia y la actividad de la Causa Primera, resultan ininteligibles e imposibles sin ese fundamento radical» (p. 68). Parece importante, a este respecto, la distinción tomista entre la noción metafísica de creación y la noción de creación en el tiempo (esta última considerada indemostrable por el Aquinate). La distinción de los planos metafísico y empírico es la clave de interpretación. La creación es una noción metafísica.

La monografía deja prácticamente de lado la cuestión epistemológica: ¿qué significa que la ciencia empírica puede *confirmar* o *enriquecer* unas verdades metafísicas o *conducir inexorablemente* a su inferencia? (p. 40). Desde el punto de vista formal, se echan en falta en ocasiones (p.ej. pp. 67, 71, 75, 77, 110, 130, etc.) las referencias bibliográficas precisas de algunas citas textuales. El estilo literario resulta en ocasiones poco ponderado con afirmaciones un tanto radicales. Pero en su conjunto, la lectura es amena e interpelante para el lector.

Nos ha resultado interesante la argumentación sobre la emergencia de lo nuevo. Con la vida aparece un orden nuevo (el biológico) que no se explica desde el orden anterior físico-químico. Hay una auténtica *novitas essendi*, una auténtica epigénesis. La conclusión del autor es que, probablemente, Dios creara cada cierto tiempo explosiones de esencias distintas, de las cuales algunas sobrevivieran en evolución intraespecífica hasta hoy (p. 98). La emergencia de lo nuevo adquiere una singular relevancia en la aparición del ser humano. ¿Es posible realmente argumentar desde un punto de vista científico la descendencia biológica del hombre a partir de un simio? La diferencia en el genoma de un hombre y de un gorila es un 1% del DNA; con un chimpancé es aún menor. Está claro –interesante y simple argumento– que la diferencia (gigantesca) entre ellos no tiene que ver con la biología ni se mide por la biología. El *nous* no deriva del *bios* (p. 143), por eso el hombre es superior a su especie (la especie se mueve en el orden biológico, el ser humano no, la inteligencia teórica va más allá de la realidad). También es interesante la argumentación sobre el proceso de especialización y desespecialización biológica y los obstáculos que esto supone para la hipótesis de la evolución (p. 178).

En definitiva, un libro con una buena síntesis comprensiva de la cuestión científica sobre la evolución y una reflexión seria y profunda desde la perspectiva metafísica y teológica. Puede tener un especial interés como bibliografía sobre cuestiones de Teología de la Creación y Teología natural.

José Manuel FIDALGO